

N PREMIO
NADAL
2021

El lunes
nos querrán Najat
El Hachmi



El lunes nos querrán cuenta la historia de una joven de diecisiete años que desea encontrar la libertad para descubrir qué es lo que la hará feliz. Pero las condiciones de las que parte son complicadas.

Vive en un entorno opresivo del que no le será fácil salir sin tener que pagar un precio demasiado alto.

Todo empieza el día en que conoce a una chica cuyos padres viven su condición cultural sin las ataduras del resto de su comunidad, y que encarna lo que ella ansía. Su nueva amiga afronta los primeros retos que como mujer le presenta la vida con una vitalidad, ilusión y empeño que la fascinarán y la impulsarán a seguir sus pasos.

Una historia emocionante y reveladora sobre la importancia de que las mujeres sean protagonistas de sus propias vidas aunque tengan que enfrentarse a condicionantes de género, clase social y origen. Este es el relato del arduo camino hacia la libertad.

A las valientes que se salieron del camino recto
para ser libres. Aunque doliera.

Lunes, lunes, lunes...

El lunes seremos otras. El lunes nos querrán.

No pararemos. Correremos por caminos de polvo y fango, saltaremos hasta tocar el techo de nuestras habitaciones, venceremos el hambre que atenaza nuestros vientres, dominaremos nuestros instintos más primarios. Seremos fuertes: nuestra voluntad será de hierro.

El lunes empezaremos una nueva vida, seremos como tenemos que ser y no como somos. Nos adaptaremos a la forma adecuada, meteremos a la fuerza nuestras carnes dentro del molde correcto, tiraremos a la basura lo que sobre y así tendremos éxito, un éxito seguro y definitivo. Obedeceremos a pies juntillas todas las normas, nos comportaremos como es debido y haremos todos los deberes: los que nos han impuesto y los que nos hemos inventado nosotras mismas para ser incluso mejores de lo que nos piden.

El lunes estaremos más delgadas, seremos más esbeltas, más trabajadoras, más buenas chicas. Dejaremos de dudar, de perder el tiempo, de estar tristes, de tener miedo o pereza, de estar cansadas, de ser inconstantes y cambiantes. A partir del lunes, sin falta, lo haremos todo: ponernos a dieta, practicar ejercicio, tener la casa como los chorros del oro, aprovechar todo el tiempo, lograr que los niños vayan bien vestidos, estén bien alimentados y duerman las horas que tienen que dormir. Nos formaremos y vestiremos para conseguir los mejores trabajos y los mejores maridos. Nos arreglaremos y así dejaremos de parecer estropeadas. Estaremos de buen humor y jugaremos con los niños para que nos vean la felicidad reflejada en el rostro, y así el día de mañana ellos también serán felices. Tan felices como no-

sotras. Estudiaremos, nos esforzaremos, avanzaremos y alcanzaremos todos los objetivos que hasta ahora parecían imposibles.

El lunes encajaremos en todos los moldes que nos proponen. Los haremos compatibles aunque parezcan contradictorios. Así somos nosotras: flexibles y adaptables. Dejaremos de pelear, dejaremos de rebelarnos. Seremos como hay que ser, como Dios manda o como mandan el cine y la televisión, las canciones de amor y las revistas de moda, los libros feministas y los manuales de autoayuda. Y así... así nos querrán.

¿Cuántos años pasamos con el redoble de ese régimen marcial repicando en nuestras cabezas? ¿Cómo empezaron nuestros anhelos de perfección, la sumisión expresa a todos los dictados? No sé cómo funcionabas tú entonces, pero no había más que ver tu incesante actividad para saber que también vivías a toque de silbato, el silbato del «tengo que hacer más, tengo que ser más». Lo que tampoco sé, porque nunca hablamos del tema, es si tu martilleo tenía la forma de un discurso interno que te azotaba en todo momento o si ya se te había metido en el cuerpo. En mi caso, ¡el lunes!, ¡lunes!, el anhelo de empezar un tiempo nuevo en el que mi fuerza de voluntad haría posible una nueva vida al iniciar una nueva semana, era desde hacía mucho un mecanismo incrustado en lo más hondo de mis pensamientos, una señal de alerta cuando la cabeza se me iba hacia terrenos peligrosos de los que, si no estaba atenta, no podía volver a salir. Como arenas movedizas. ¡El lunes!, ¡lunes! había empezado mucho antes de conocernos, cuando tenía unos doce años y mi cuerpo y las consecuencias de su transformación empezaron a inundarme de una sensación permanente de falta de control y desasosiego. Fue entonces cuando empecé el ritual de redactar listas, listas y más listas de todo lo que tenía que ver con la vida y su impulso amenazante. Cuando las fantasías, especialmente si eran sexuales, me asaltaban de repente, yo intentaba pararlas

como fuera, me esforzaba en hacerlas desaparecer. Entonces, para volver a la realidad, para ahuyentar una imaginación excitada, me ponía a confeccionar listas de todo lo que haría a partir del lunes: *plannings*, horarios, menús de dieta, número de series de abdominales, tiempo de estudio, de ejercicio, de dormir, de respirar. Todo para ser más organizada, más ordenada, más buena. Todo para dejar atrás la angustia que me causaba el enredo de caminos prohibidos que se cruzaban en mí, en mi cuerpo. Sí, de eso se trataba: el lunes volvería a ser la buena chica que fui, sin el latido constante que serpenteaba en mis carnes, sin deseo, y así, solamente así, podría ser aceptada, querida. ¿Tú también empezaste así o no te dieron tiempo a tener miedo a desbocarte como un caballo salvaje? ¿También tú sentiste que ya no eras digna de ser amada porque te habías convertido en un cuerpo peligroso que se estremecía bajo la mirada de los hombres que te repasaban de arriba abajo? Puede que todo esto lo vivieras de una forma más natural. Tus padres y los míos, aunque provenían del mismo pueblo árido y agreste al otro lado del Estrecho, tenían mentalidades distintas.

Pero lo que nos pasaba iba más allá de nuestras familias cercanas, nosotras éramos una nueva especie de hembras, nacidas y criadas en países que tenían la exótica costumbre de dejar que las mujeres adultas hicieran lo que les diera la gana, a diferencia de lo que pasaba en el país de nuestros padres. Fingíamos no darnos cuenta, pero sobre nosotras pesaba una sospecha constante: si no nos ataban corto, no habría forma de enderezarnos y devolvernos al camino recto. Por eso el redoble constante se nos metió tan adentro.

¡Lunes, lunes, lunes! Pero las cuerdas que nos querían sujetar eran muchas y variadas, y algunas tiraban en direcciones opuestas: nuestras familias, los vecinos, los jefes en los trabajos, las revistas de moda, las tiendas de ropa en la que nunca cabíamos. Unos nos querían con el pelo muy rizado, para encajar dentro del molde del exotismo que tan-

to los fascinaba: he aquí *la otra, ¡las otras!* También estaba quien nos pedía largas cabelleras, lisas y negras como la noche, ideales de belleza de poetas antiguos que habían llegado hasta el pueblo remoto de nuestros padres. Eso sí, el pelo siempre recogido en moños que se enrollaban sobre sí mismos o en largas trenzas. A unos les gustábamos con la piel oscura, los otros nos preferían blancas. Unos querían que nos alejáramos del exceso corporal de nuestras madres, otros que fuéramos tan gordas como pudiéramos. La cuestión era ser como era debido, no como éramos. ¿Te imaginas que entonces hubiéramos descubierto las trampas y sin dudarle ni un instante nos hubiéramos plantado gritando un no rotundo? ¡No! ¡No! ¡No! ¿Te imaginas que hubiéramos defendido lo que éramos? ¿Que de nuestras gargantas hubiera salido: así soy y así seré? Válida tal cual soy, validada por mí misma y por mi amor propio. ¿Te imaginas que pudiéramos volver atrás para disfrutar de nuestra juventud sin las mil trabas que nos impusieron y las otras mil que nos inventamos nosotras mismas? Pero era demasiado pronto para verlo, íbamos a necesitar una vida entera, muchas decepciones, muchas penalidades, trabajos y días, caer y volver a levantarnos mil veces. Y que los corsets que nos oprimían casi nos mataran para que finalmente decidiéramos rasgarlos y así recuperar un enorme aliento de vida.

No sé cómo funcionaba dentro de ti la telaraña de acero que nos pedía mutilarnos continuamente, pero hoy por hoy estoy convencida de que para ti tuvo consecuencias devastadoras. Tú lo encajabas todo de otra forma. Yo admiraba tu entereza, tu constancia, la capacidad impresionante que tenías de levantarte una y otra vez después de cada zancadilla. Y lo valiente que eras, la facilidad con la que tomabas decisiones arriesgadas que para mí suponían treinta mil dudas y otras tantas noches de insomnio. Tú no, tú lo resolvías todo como si nada. Durante años, lo que más me fascinó de ti era que fueras todo lo que yo había querido

ser: no dudabas, eras eficaz y las cosas a las que yo daba vueltas y más vueltas tú las solucionabas en un santiamén. Eficiente, pragmática, con la risa siempre a punto y una vitalidad deslumbrante, todo lo opuesto a las sombras que a mí me nublaban tan a menudo. Puede que por eso mismo, por la alegría que me transmitiste siempre, no fuese capaz de ver tu dolor subterráneo. Apareciste de repente en mi vida encarnando la imagen de todo lo que yo quería ser y no era.

No sé si tengo derecho a hablar de ti pero necesito hacerlo. Fuiste alguien muy importante para mí durante un tiempo decisivo. Sin ti, estoy segura, mi vida hubiera sido muy distinta. Pude crecer cogiéndome de tu mano, fuiste un asidero indispensable sin el que estoy convencida de que no hubiera sobrevivido. Podría escuchar tu voz ahora mismo, diciéndome exagerada, anda que no te gusta ponerle drama a todo. Pero es cierto, contar contigo me salvó de la más absoluta desesperación. Y de la locura.

No digo tu nombre y cambio muchos de tus rasgos para que nuestros conocidos no puedan identificarte, pero aun así no sé si puedo escribir sobre los años en los que nos hicimos compañía, los años en los que fuimos la una para la otra, que nos tuvimos como único asidero. Hay razones de peso que me llevan a escribir sobre nosotras: entonces no lo sabíamos, pero estábamos conquistando territorios nuevos —impensables para nuestras madres—, estábamos rasgando todos los velos, escarbando agujeros con endebles cucharitas en murallas impenetrables, y ni siquiera nos dábamos cuenta. No hacíamos más que lo que teníamos que hacer, pero cada pequeña hendidura que realizaba esa cucharita suponía una libertad que conquistábamos milímetro a milímetro. Lo que no supimos ver es que aquella nueva libertad que íbamos ganando estaba cruzada por una infinidad de hilos invisibles que querían condicionarla. Nos afe-

rramos a los hilos porque a algo nos teníamos que agarrar mientras salíamos del mundo que nos había tocado en suerte y porque no se puede emprender más de una revolución a la vez. No nos dimos cuenta de que, poco a poco, nos íbamos enredando en ellos, de que nos volvían a amordazar. Hasta que empezamos a notar que se ceñían sobre nosotras hasta cortarnos la carne, y entonces nos daban ganas de dejarlo todo, de rendirnos, porque parecía imposible lograr un espacio de libertad auténtico, ni que pudiéramos conquistarlo con nuestras propias manos. O nos enredábamos con más y más trampas para no escuchar una duda espantosa: ¿y si no existía la libertad y no habíamos hecho otra cosa que escapar de un mundo opresivo para llegar a otro con nuevas formas de dominación? ¿Y si todos nuestros esfuerzos eran en vano? Desheredadas de todo y exiliadas de todas partes, fugitivas de barrio, no hemos tenido en nuestras manos más que la capacidad de esforzarnos, pero a partir de cierto momento nos asaltaron todas las dudas: ¿y si esforzarnos no servía para irnos lejos, para ser otras, las que nosotras habíamos decidido ser?, ¿y si no podíamos vivir como queríamos porque no éramos capaces de mantenernos con lo único que teníamos, que no era sino la fuerza de nuestros cuerpos y el redoble incesante que nos mandaba ser más, hacer más?

No sé si puedo contar nuestra historia de pequeñas grandes conquistas, la de nuestra juventud en la más absoluta incertidumbre. No lo haría, no hablaría de nosotras, si no fuera porque ahora me voy encontrando con chicas en todas partes que son como nosotras, chicas que me cuentan sus vidas que resultan dolorosamente parecidas a las nuestras. Mujeres que oyen el redoble de tambor y quieren escapar de la trinchera, de barrios como el nuestro, casas como las nuestras, familias y normas e infinidad de barreras idénticas a las que nos atenazaron a nosotras. Cuando me hablan y me veo reflejada en sus experiencias pienso que sí, que hay que contar lo que vivimos: por nosotras, por

nuestras heridas —las abiertas y las cicatrizadas—, pero sobre todo por ellas, porque tienen derecho a recibir, si así lo desean, el legado de nuestra memoria. Aunque sea una memoria pequeña de vidas de lo más convencionales. No fuimos heroínas ni pretendíamos serlo, solamente queríamos sobrevivir y ¡ser, ser, ser! Aunque el lunes, lunes, lunes, intentáramos de nuevo convertirnos en quienes no éramos. Porque deseábamos ser nosotras mismas pero también que nos quisieran. Y a ciertas edades y en ciertas circunstancias a lo mejor no hay más opción que la de ser una misma de un modo controlado, metidas en moldes que nos contengan.

Esta es la historia de nuestros intentos fracasados de ser libres adaptándonos al entorno y de la huida definitiva cuando fuimos conscientes de la imposibilidad de conciliarlo todo. Y es el relato del vértigo que nos provocó la auténtica emancipación. También el de la soledad más absoluta y el desarraigo más descarnado.

Hoy, pasado el tiempo, necesito hablarte como te hablaba entonces, recuperar, aunque sea en folios en blanco, tu escucha atenta y receptiva para intentar comprender esos años de convulsiones cotidianas, la historia de nuestros cuerpos atrapados en conflictos que nos sobrepasaban, conflictos de orden geográfico y temporal que nos resultaban imposibles de vislumbrar entonces. La geopolítica, las ideas de los grandes filósofos y las fricciones internacionales se encontraban en las carnes de unas mujeres insignificantes como nosotras en un barrio sin nombre que ni siquiera aparece en los mapas. Te escribo para recuperarte pero también para recuperar a la persona que fui.

Primera parte

I

Íbamos en manga corta el día que nos conocimos. Aún no estaba mal visto que las chicas jóvenes enseñáramos los brazos en ese barrio en la periferia de la periferia de Barcelona, pero que podría ser la periferia de la periferia de cualquier otra ciudad. Ya no hay rayos de sol que rocen la piel de las chicas, el fino vello de los brazos ya no se aclara en verano ni salpica el agua sus espaldas desnudas. Y no es porque se haya instalado sobre nuestras cabezas un nubarrón permanente, sino porque el oscurantismo ha penetrado en las mentes de los vecinos sin encontrar resistencia. Muchas de las jóvenes tapadas que ahora verías en nuestro barrio (son mucho más numerosas que cuando tu familia se mudó allí) dicen que renuncian al sol y a la brisa, al agua del mar y las piscinas, al amor y al sexo libres por convencimiento y voluntad propia. Discuto a veces con ellas cuando visito a mi madre —ella sigue viviendo allí—, pero lo hago como si mi yo de ahora hablara con mi yo de entonces, de unos diecisiete años. Nosotras también lo hicimos, ya lo sabes, renunciamos expresamente a ciertas cosas, y también creímos hacerlo voluntariamente.

El caso es que cuando nos conocimos íbamos en manga corta. Tú no lo sabías entonces, pero yo en esa época salía al mundo exterior con el cuerpo encogido sobre sí mismo, como ocultándome de las miradas de toda la gente con la que me iba encontrando. Daba igual quiénes fueran, yo siempre me encogía. Ese cuerpo era mío, pero me estorbaba hasta resultarme asfixiante porque no sabía muy bien cómo desprenderme de él. Al mirarte por primera vez vi un rostro deslumbrante, tu sonrisa se me contagió sin que yo pudiera oponer resistencia alguna, pero al fijar mis ojos en

los tuyos no tardé en darme cuenta de que en lo más hondo, bajo el destello de simpatía, había una sombra que no podía interpretar. Mi cuerpo encogido y la sombra en tu mirada eran fruto de una misma herida, pero por aquel entonces ni tú ni yo lo sabíamos.

Cuando se hacía de noche en nuestro barrio vertical, las ventanas iluminadas de centenares de pisos minúsculos parecían ojos que nos observaran. Todos nuestros movimientos, nuestras conversaciones, gestos y acciones, todo era público y visible para los vecinos amontonados los unos encima de los otros, unos vecinos que dedicaban buena parte de su tiempo a controlar nuestras vidas. Me acuerdo mucho de Sam, que vivía en el piso de abajo y se partía de risa cuando alguien le contaba lo que habían dicho sobre ella. ¿Y crees que me importa? Vive y deja vivir, repetía, y puede que por eso mismo yo fuera tan a menudo a su casa y me sentara sobre su cama, una cama con un somier viejo que se hundía y nos hacía resbalar la una hacia la otra. Su dormitorio estaba lleno de cajas y bolsas que no se podían guardar en ningún otro sitio. No sé si sigue haciéndose llamar Sam y no Samira. ¿Te acuerdas de que se enfadaba cuando la llamábamos por su nombre real porque sonaba a buena chica, a chica anticuada de las que se casan con catorce años y tienen el primer hijo a los quince? No, ella quería que la llamáramos Sam porque era más moderno y encajaba mejor con la otra cosa que quería ser (aparte de moderna): negra. Nos daba la risa, pero estaba convencida de que lo conseguiría. Nosotras, las moras, no somos nada, nos decía, no salimos en videoclips ni en películas, no existimos. Solo aparecemos en la mierda de reportajes aburridos de La 2. Y a veces ni eso. Cuando salimos en televisión nos enfocan de lejos o de espaldas, en grupo y todas tapadas, como si fuéramos parte de una manada en medio de la sabana. No hacemos nada. Ni cantamos ni bailamos. Pero los negros sí, ellos son guais, tienen su música, sus series, son los protas, y la gente los admira, no los estudia.

Y es que había unas cuantas Samiras en nuestro barrio. A pesar de que las leyes de entonces prohibían el abandono escolar temprano y el matrimonio infantil. ¿O no eran infantiles esas uniones pactadas con un primo del pueblo que necesitaba los papeles? Todo por el bien común de la familia. Si las Samiras querían otra cosa, que se aguantaran, como se aguantaban los padres de las Samiras comiendo cada día patatas y tomates de lata, porque la comida fresca era demasiado cara y todos los meses debían mandar dinero a los parientes del otro lado del Estrecho. Todo formaba parte del mismo sacrificio: comer barato, vivir en pisos de techos bajos y cocinas de armarios de formica abombada, trabajar todas las horas que les ofrecieran y dar las hijas de catorce años en matrimonio al hijo mayor de un hermano que no podía cruzar la frontera de ningún otro modo. Cuando cumplían los quince, las Samiras ya empujaban el cochecito de su primer bebé y nadie les cantaba la canción: ¡tiene mi amooooor!

Es verdad que Sam tenía un rizo muy pequeño y crespo, y siempre le decían que era pelo de negra, pero no se parecía nada a ti. Era la chica con los labios más carnosos que he conocido nunca, con esa forma de corazón, llenos, como a punto de derramarse. Me imaginaba a los hombres recorriendo con un dedo aquellas protuberancias, deseando morderlas, pero cuando me venían este tipo de pensamientos volvía al lunes, lunes y a confeccionar listas mentales, listas y más listas para frenar la excitación. Aunque no siempre lo conseguía. Sí, cuando nos conocimos, aquel verano de finales de los años noventa, yo ya había llegado a esa fase. Obsesionada con un autocontrol imposible, convencida de que era la única forma de alcanzar todos mis objetivos: sacar las mejores notas, tener un cuerpo normal y no aquella confusión de carnes casi monstruosas, aprender inglés, ganar dinero, escribir una novela, leer todos los libros y salir del agujero en el que nos había tocado vivir pa-

ra viajar y conocer algo más que nuestro barrio vertical de pisos de techo bajo.

A Sam la conocí en el colegio. Nunca le había interesado demasiado estudiar y al terminar la etapa obligatoria lo dejó. No me entra nada, tía; ella siempre me llamaba tía. Cuando nos presentó no tardó ni un segundo en decírtelo: es una empollona asquerosa. Mi madre siempre me lo dice: tendrías que ser más como la hija de Muh y no tan cabra loca. En el barrio me llamaban la hija de Muh y en el colegio empollona, algunos incluso mora empollona. Los chicos, también moros en su mayoría, me decían si me creía mejor que ellos, si por el hecho de ser empollona iba a dejar de ser mora. Una mora de mierda como nosotros, decían a veces. Claro que también había alumnos que eran cristianos. Los llamábamos así porque era lo que se decía en nuestras casas, el mundo se dividía entre moros y cristianos. Los cristianos me llamaban empollona o mora empollona dependiendo del día, de si había habido una pelea o no. Puede que fuera por todas esas fronteras invisibles entre los alumnos por lo que yo me sentía siempre más cómoda en compañía de un libro.

Sam me llamaba empollona con admiración, siempre me repetía que yo iba a llegar muy lejos. Nunca se habría imaginado que a pesar de mis buenos resultados académicos yo me sentía totalmente defectuosa. Que cuando sacaba un 9,75 me quedaba atrapada en el error fatal que suponía el 0,25, una tara imperdonable que demostraba que, al fin y al cabo, yo no era nada, no servía para nada y nunca llegaría a nada. Y que si los demás pensaban que era inteligente era porque tenía la habilidad de engañarlos a todos, de disimular mi condición de tonta sin remedio. Viví muchos años así, azotándome sin parar. Mi gran delito era ser mediocre y por eso merecía todo el dolor del mundo. Por eso me gustaba encontrarme con Sam y hablar con ella un rato, porque la suya era una juventud luminosa. Ella la dis-